

LA SIERRA (Lima, 1927 — 1930): "La Voz de los Hombres del Ande" *

DAVID O. WISE

Este ensayo enfoca la revista *La Sierra*, publicada en Lima entre 1927 y 1930 por J. Guillermo Guevara y un pequeño grupo de colaboradores de origen provinciano. *La Sierra* constituye una de un crecido número de "pequeñas" publicaciones de índole literaria, informativa y crítica aparecidas en el Perú durante los años 1920, década de notables cambios sociales en el país. En un sentido fundamental, la revista resulta una anomalía: *La Sierra*, que se ufana de ser una publicación "serranista" y regionalista, nació y floreció en Lima criolla, ciudad que servía como punto de referencia sumamente negativo a su director y a muchos de los colaboradores de la revista. Es imprescindible no perder de vista este carácter anómalo de *La Sierra* para comprender de manera cabal el significado esencial de esta publicación, que se presentaba como "La Voz de los Hombres del Ande" (Figura No. 1).

La importancia básica de *La Sierra* para el investigador de hoy, la constituye su carácter de "texto colectivo" en el que se registra un "despertar" o toma de conciencia por parte de numerosos intelectuales provincianos durante los años de rápidos cambios sociales que fueron los del *oncenio* (1919-1930) del presidente Augusto B. Leguía. La "campaña" de *La Sierra*, en efecto, resulta incomprensible y hasta estrafalaria si no se toman en cuenta algunos de los principales procesos sociales y políticos de los años 1920. Las páginas de *La Sierra* evidencian, en primer término, un fuerte y generalizado clima de resentimiento provinciano contra el centralismo autoritario del gobierno nacional. La revista constituye, a la vez, testimonio de una revaloración emprendida a escala nacional, un repensamiento de la cultura y la historia de un Perú "olvidado", del Perú interior y serrano sobre el que Lima estrechaba un dominio hegemónico mediante la expansión del poder estatal y el ambicioso programa de vialidad que dio signo a la década.

El Contexto Histórico

La década de 1920 coincide, en el Perú, con el segundo régimen presidencial de Augusto B. Leguía, que dura de 1919 a 1930. La presidencia autoritaria de

(*) Este artículo ha aparecido en inglés, bajo el título "*La Sierra* (1927-1930): 'The Voice of the Men of the Andes.'" En *Revista Interamericana de Bibliografía* (Washington, D.C.), 35 (1985), 166-90.

Fénix 34/35: 70-105, Lima, 1989.

Leguía rompió, provisoriamente, el poder político de la tradicional oligarquía peruana e impuso a la nación, desde arriba, una gran medida de modernización infraestructural e institucional. Signos fundamentales del *oncenio* fueron la autocracia y una dramática expansión del aparato gubernamental. Para financiar sus programas, el régimen recurría a fuertes empréstitos contraídos de instituciones financieras extranjeras, sobre todo de Estados Unidos, y fomentaba la creación de una infraestructura de transportes y comunicaciones que le permitía extender el control efectivo del gobierno central sobre la mayor parte del territorio nacional. Quebró de manera definitiva el poder del Partido Civil, que había dominado la política nacional desde principios del siglo. La creación de nuevos órganos del poder estatal, notable entre ellos la Guardia Civil, empleada para poner término al bandolerismo y a los montoneros de caciques locales en departamentos como Cajamarca, cimentó el dominio del gobierno nacional.

Otro de los procesos principales que diferenciaron la década del veinte de los años de la "República Aristocrática" que la antecedieron, fue la incorporación de los sectores medios urbanos al juego político nacional. Durante el *oncenio*, las capas medias, sobre todo el sector empleados, constituyeron uno de los soportes principales del régimen "mesocrático" de Leguía. Los obreros, frente a los que el gobierno asumió una política que alternaba hábilmente entre el paternalismo y la represión, quedaban todavía sin mayor organización e incapaces de presionar seriamente sobre patrones ni gobierno, no obstante la formación de la Confederación General de Trabajadores Peruanos en 1929. Durante la década se intensificó la migración interna rumbo a la capital, proviniendo los migrantes tanto de departamentos costeros como de los de la sierra. Al mismo tiempo, tomó cuerpo y alcanzó prominencia una vociferante *intelligentsia* provinciana que enarbó de nuevo las enseñas del regionalismo y del federalismo, este último un legado del Partido Liberal de Augusto Durand (1871-1923). Las aspiraciones regionalistas fueron incorporadas en parte a la nueva Constitución nacional promulgada en 1920, pero la política interna del gobierno de Leguía fue en realidad una política altamente centralizante, que acortaba la autonomía regional en vez de favorecerla. Finalmente, los años veinte vieron nacer los primeros partidos políticos de masas en el Perú, el Partido Aprista Peruano fundado y encabezado por Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979) y el Partido Comunista Peruano, en que fue transformado en 1930 el Partido Socialista fundado por José Carlos Mariátegui (1894-1930).

En resumen, durante la década de 1920 una acelerada modernización impuesta desde arriba, o bien un programa de "desarrollo dependiente" financiado a base de empréstitos extranjeros, unido a una crecida migración interna desde provincias hacia la ciudad capital, generó un "espacio" nacional, en contradicción a la agrupación de espacios regionales que fuera el Perú de siglos anteriores. Fue durante los años veinte, década en que coexistían, en las mentes de los intelectuales peruanos más perspicaces, una renovada preocupación por la realidad de las desatendidas provincias del interior, un vigoroso sentimiento nacionalista exacerbado por el estado álgido de la disputa con Chile sobre las "provincias cautivas" Tacna y Arica, y una nueva apertura al resto del continente latinoamericano, fue durante los años veinte que

se hizo posible pensar, como sugiere el historiador Alberto Flores-Galindo, "en el país como una totalidad"¹. Y como señala Luis Alberto Sánchez, para los jóvenes de la Reforma Universitaria de los primeros años del *oncenio*, la defensa de la provincia y del indio, defensa que en vida del precursor Manuel González Prada (1844-1918) había revestido caracteres de "dramática soledad", se convertiría ahora en verdadero *leit motiv* literario, pictórico, musical, folklórico y social².

Un factor adicional, el demográfico, sirvió para estimular renovado interés por la provincia. Durante la década del veinte, el flujo de migrantes provincianos en sentido a Lima aumentó de manera llamativa, contribuyendo en buena parte al crecimiento de la población del área metropolitana de Lima de 225,000 en 1920 a 375,000 para 1931. Entre estos migrantes llegó un apreciable contingente de estudiantes que provenían de las capas medias de los departamentos interiores y serranos. Los años de la Primera Guerra Mundial e inmediatamente después, vieron la emigración de muchos jóvenes surperuanos a la capital en busca tanto de instrucción universitaria como de oportunidades económicas que no existían en sus tierras natales. Llama la atención, el que, aún antes del fin de la Primera Guerra Mundial el número de estudiantes matriculados en las facultades de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos había aumentado de 789 (en 1907) a 1,331 (en 1917), mientras que entre 1920 y 1929 el número de estudiantes matriculados en las varias universidades de la capital subió de 1,344 a 2,278³. Así, durante las décadas de los años diez y del veinte, ingresó a la Universidad de San Marcos un contingente de estudiantes de origen provinciano, estudiantes que jugarían un papel fundamental en el movimiento de la Reforma universitaria que en 1919 se desborda al Perú desde Córdoba en la Argentina. Algunos de estos "provincianos" (el ejemplo más notorio lo constituye tal vez el fundador y líder del Apra, Víctor Raúl Haya de la Torre) pasarían luego a desempeñar papeles principales en la vida política y cultural del país. Sin embargo, no todos los migrantes estudiantiles encontraron en Lima las oportunidades que venían a buscar, y paralelos a los casos del éxito económico o profesional se dieron numerosos fracasos. La historia personal de Juan Guillermo Guevara, fundador y director de *La Sierra*, representa un interesante y elocuente caso intermedio.

Crónica de una "Tribuna Serranista"

Todas las "pequeñas" revistas del *oncenio* reflejan, a menudo de una manera directa y dramática, la personalidad, el grado de cultura intelectual y las preocupaciones u obsesiones de sus fundadores y directores. La "rúbrica" o estampa personal distintiva

-
1. Manuel Burga y Alberto Flores-Galindo, *Apogeo y crisis de la República Aristocrática* (Lima: Ediciones Rikchay Perú, 1979), p. 179.
 2. Luis Alberto Sánchez, *La literatura peruana*, 4ª edición (Lima: P. L. Villanueva), IV (1973?), 1263.
 3. David P. Werlich, *Peru: A Short History* (Carbondale, Illinois: Southern Illinois University Press, 1978), p. 145, y José Deustua y Alberto Flores-Galindo, "Los comunistas y el movimiento obrero: Perú, 1930-1931", en Francisco Miró Quesada C. y otros, *Historia, problema y promesa: homenaje a Jorge Basadre* (Lima: Pontificia Universidad Católica, 1978), II, 263.

que suele caracterizar estas publicaciones se debe principalmente a la modalidad premoderna y subcapitalizada de la producción de la "pequeña" revista, en la que era mínima la división del trabajo. Con frecuencia un mismo individuo era fundador-director, financiador, redactor y editorialista principal y —en casos límites— hasta impresor de su propia publicación. Hasta una revista de ideas y arte de tanta resonancia contemporánea e histórica como fue *Amauta* (1926-1930) de José Carlos Mariátegui, debe enfocarse menos como el producto de un "equipo" de escritores y artistas que como la creación personal de un periodista de fino pulso editorial, altos dotes intelectuales y extensa formación en el oficio. La revista *La Sierra*, aunque se proclamara y subtitulara el vocero de la "Juventud Renovadora Andina" (organización honorífica que existía sólo sobre el papel), fue indisputablemente la "tribuna" personalísima de J. Guillermo Guevara, cuya desigual formación intelectual y cuyos prejuicios y preferencias personales reflejaba. Los eventuales "redactores" y "co-directores" de *La Sierra*, no obstante sus contribuciones literarias y artísticas a los 34 números de la revista, no ejercieron sino mínima influencia sobre la línea editorial de la publicación de Guevara.

Juan Guillermo Guevara Yáñez nació el 24 de junio de 1901 en la provincia de Paucartambo, departamento del Cuzco, provincia que tenía la fama de ser una de las más "indias" del Sur peruano, y en la que una modalidad de producción patentemente "feudal" perduraba hasta bien entrado el siglo veinte⁴. Fue el noveno y último hijo de una familia de terratenientes menores, que poseía en Paucartambo un fundo agrícola y ganadero. El padre de Juan Guillermo Guevara combinaba la agricultura con el empleo burocrático, desempeñándose como notario en la capital departamental del Cuzco, donde mantenía su residencia principal. El más renombrado de los nueve hijos Guevara fue Víctor J. Guevara (c. 1885-1961), abogado y Profesor de Derecho en la Universidad de San Antonio Abad del Cuzco, bien conocido en el departamento por su empeño en adquirir tierras ajenas y por sus aspiraciones políticas⁵. Víctor J. Guevara y sus varios escritos ocupan un lugar prominente en las páginas de *La Sierra*, y no cabe duda que la revista sirvió de plataforma para sus aspiraciones de figuración parlamentaria. No existe, sin embargo, evidencia que pruebe que Víctor J. Guevara ayudara de manera apreciable a financiar la revista que dirigía su hermano menor Juan Guillermo.

J. Guillermo Guevara hizo sus estudios secundarios en el Colegio Nacional de Ciencias del Cuzco, demostrando un interés especial por las matemáticas. Según

-
4. Consultese Pierre L. Van Den Berghe y George P. Primov, *Inequality in the Peruvian Andes: Class and Ethnicity in Cuzco* (Columbia, Missouri: University of Missouri Press, 1977), pp. 201, 212-18.
 5. Víctor J. Guevara fue elegido a la Asamblea Constituyente de 1931 en calidad de diputado independiente que votaba normalmente, durante los años 1931-1933, con la Unión Revolucionaria del presidente Luis M. Sánchez Cerro, partido que detentaba la mayoría parlamentaria. También fue autor de varios libros, folletos y colecciones de discursos, entre los que figuran *El problema del Pacífico* (Cuzco: Tipografía Mercantil, 1923); *Hacia Indolatina* (Cuzco: Editorial Cornejo, 1926); *Filosofía del supranacionalismo* (Lima: Editorial Revista La Sierra, 1930); *La República del Perú y la Peruvian Corporation* (Lima 1932); *Las grandes cuestiones nacionales* (Cuzco: H.G. Rozas Sucesores, 1939); y, en dos tomos, *Mundialización de la prensa* (Cuzco: Editorial Garcilaso, 1956).

su propio testimonio, durante sus años de secundaria su hermano Braulio lo introdujo a la lectura de las obras de Manuel González Prada, entre ellas *Horas de lucha*, *Páginas libres*, *Minúsculas* y *Exóticas*. Guevara asimiló de manera entusiasta la prédica antioligárquica y anticlerical de este controvertido crítico de la sociedad peruana, y pasó a formar parte, junto con su hermano Braulio, el maestro de escuela Rafael Tupayachi, Julio Luna, Humberto Pacheco, el orador y escritor radical Luis Velazco Aragón y otros, del "gonzálezpradismo cuzqueño"⁶. La influencia ejercida sobre Guevara por González Prada, nacionalista vuelto anarquista y figura cuyo culto póstumo estaba entonces en su apogeo, sería no menos profunda que duradera.

Después de terminar la educación secundaria, Guevara emigró a Lima en 1922 para matricularse en la Facultad de Matemáticas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. En 1924 pasó a la Facultad de Ingeniería, pero abandonaría la Universidad sin graduarse en 1926 para fundar *La Sierra*. Guevara tomó parte activa en la política estudiantil de San Marcos, si bien no ejerció ningún rol dirigente. Participó, según declara, en las violentas manifestaciones de mayo de 1923 contra la dedicación del Perú al Sagrado Corazón de Jesús, manifestaciones que provocaron al gobierno a suprimir las Universidades Populares González Prada y a deportar a dirigentes estudiantiles como Haya de la Torre y Manuel Seoane. El joven cuzqueño también colaboró en unas publicaciones radicales estudiantiles de los primeros años de la década de 1920, contribuyendo por ejemplo un artículo sobre José Vasconcelos a la revista *Fuerzas Nuevas*, publicación de breve vida ligada a la Federación de Estudiantes Peruanos y a las Universidades Populares⁷. Más tarde escribiría para el diario limeño *El Tiempo*, cuyo director fue Pedro Ruiz Bravo y cuyo redactor principal fue César García Rosell, Guevara mantuvo contacto escrito con el exiliado Haya de la Torre en Europa, abriendo las páginas de *La Sierra* a sus colaboraciones y algún tiempo después (luego del cierre de la revista) apoyando de manera decidida la campaña electoral aprista de 1931⁸.

El inicial número de *La Sierra*, la resonancia provincianista de cuyo título es evidente, salió en enero de 1927. La revista llegó a publicar 34 números (20 sencillos y 7 números dobles) entre enero de 1927 y julio de 1930, cuando fue suprimida o cerrada bajo circunstancias todavía no bien aclaradas⁹. Guevara sostiene que empleó su propio capital, parte del que obtuvo de la división de la herencia que dejó su padre en 1925, para fundar *La Sierra* como miembro principal de un núcleo periodístico constituido por él, el poeta puneño Luis de Rodrigo (Luis

6. J. Guillermo Guevara, comunicación personal fechada 11 junio 1982.

7. "Verdades que sugiere la palabra del Maestro", *Fuerzas Nuevas* (Lima), 1, No. 1 (setiembre de 1924), sin número de página.

8. La adhesión de Guevara a la campaña electoral del Partido Aprista Peruano en 1931 se encuentra ampliamente documentada en su folleto *La rebelión de las provincias* (Lima: Editorial Revista La Sierra, 1931).

9. Guevara sostiene que su revista fue vigilada como publicación "subversiva" por el gobierno de Leguía, cuyos agentes en varias ocasiones le ofrecían "subvenciones" o sobornos apenas disfrazados, para que modificara su línea editorial independiente y "revolucionaria". En ningún momento de la vida de *La Sierra*, sin embargo, atacó Guevara el régimen ni la política del presidente peruano.

A. Rodríguez) y los cuzqueños Amadeo de la Torre y Atilio Sivirichi Tapia.¹⁰ La flamante publicación evocaba, sin aludirla, una ilustre antecesora de idéntico título: la revista *La Sierra* de la Asociación Universitaria del Cuzco, publicación que fue dirigida en su primera época (1909-1911, Nos. 1-5) por José Angel Escalante, y en su segunda época (1921-1924, Nos. 6-10) por Félix Cosío¹¹.

El primer número de *La Sierra*, del que se imprimieron 2000 ejemplares encontró una favorable acogida que dio redoblado aliento al director de la flamante publicación. Ostentando un "Saludo" ológrafo del prestigioso indigenista cuzqueño Luis E. Valcárcel y una vigorosa presentación editorial de Guevara mismo, el primer número de *La Sierra* ofrecía selecciones del todavía no publicado *Tempestad en los Andes* de Valcárcel, artículos de la pluma de José Uriel García y de Emilio Romero, un excelente breve relato nativista de Humberto Pacheco y nutrida cantidad de poemas de literatos provincianos como César A. Rodríguez y Emilio Armaza. Este número inicial llegó a agotarse, siendo reproducido íntegramente en el número del aniversario de la revista (No. 13-14, enero-febrero de 1928) y en el No. 15 (marzo de 1928). El No. 2 de *La Sierra* (febrero de 1927) ostentaba un contenido de igualmente alta calidad, presentando selecciones de Valcárcel, Romero, Hildebrando Castro Pozo y del intelectual y político mexicano José Vasconcelos, así como poemas de César Vallejo, Delmira Agustini, Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou y la uruguaya Raquel Sáenz. Números posteriores resultaron más heterogéneos y desiguales, pero no es aventurado suponer que la alta calidad de los números iniciales de *La Sierra* le asegurara un público atento.

El tiraje de la revista subió de manera paulatina, informa Guevara, de los 2000 ejemplares del primer número hasta 5000 ejemplares para los últimos números de 1930. Tanto el elevado tiraje de *La Sierra* como su larga vida de tres años y medio, ambos inusitados entre las "pequeñas" publicaciones de la época, por sí mismos hacen de la revista un legítimo objeto de curiosidad intelectual. Durante sus dos primeros años de vida, *La Sierra* se imprimió en varias imprentas comerciales, entre ellas la "Editorial Minerva" de Julio César y José Carlos Mariátegui. La publicación de anuncios comerciales generó un modesto ingreso de fondos, y contribuciones eventuales de familiares del director, entre ellos de su hermano Do-

10. El inicial elenco editorial de *La Sierra* lo integraban Guevara como "secretario", el poeta Luis A. Rodríguez, A. Max León, artista ancashino poco conocido y José Luis Rodríguez, sobre quien carecemos de datos. Desde el Número 2 (febrero de 1927), el artista cuzqueño Amadeo de la Torre asumió el título de "director artístico" de la revista, y con el número siguiente (No. 3, marzo de 1927) de La Torre reemplazó a José Luis Rodríguez en la redacción de la revista. En el Número 9 (setiembre de 1927), Guevara figura por primera vez como "director" de *La Sierra*, aunque de hecho había desempeñado esa función desde el principio. Carlos V. Chávez Sánchez, escritor y periodista de Piura, sirvió de director interno para el Número 24 (diciembre de 1928), al ausentarse Guevara de Lima. En la última etapa de la revista desde el Número 27 (¿marzo? de 1929) hasta el número final, el 34 (julio) de 1930, Guevara y Amadeo de La Torre figuran como "co-directores" de *La Sierra*.

11. José Tamayo Herrera, *Historia del indigenismo cuzqueño, siglos XVI-XX* (Lima: Instituto Nacional de Cultura, 1980), pp. 176-77, 230.

mingo Guevara, un médico, también apoyaron la economía de la revista. Guevara niega, sin embargo, haber recibido ayuda económica de parte de su hermano Víctor J. Guevara ni de Rafael Larco Herrera, hacendado azucarero conocido por sus ideas progresistas, alentador y colaborador de *La Sierra* y político que llegaría a ocupar el puesto de Primer Vicepresidente de la República (1939-1945). Niega igualmente, y con mayor énfasis, haber recibido ninguna clase de "subvención" o apoyo financiero del gobierno de Leguía; éste, como los regímenes anteriores, solía influir sobre el periodismo limeño mediante semejantes desembolsos del llamado "fondo de los reptiles". La mayor parte de los ingresos que permitieron sobrevivir por casi cuatro años a *La Sierra* provino, al parecer, de la venta pública de la revista en los kioscos y librerías de la capital, aunque Guevara también se desempeñaba como distribuidor de libros, utilizando su casilla postal para el envío de los títulos que desde fuera de Lima se le pedían¹².

El grueso de los números de *La Sierra* se vendía en el área metropolitana de Lima, principalmente en los kioscos y en librerías como la "Aurora Literaria", aunque también ofrecían la revista los vendedores ambulantes. Una cantidad menor (varios centenares de ejemplares, según Guevara) se vendía fuera de Lima, principalmente en las capitales de departamento y de provincia. Otros 300 ejemplares mensuales eran enviados al vecino país de Bolivia, donde las principales áreas receptoras parecen haber sido Oruro y Cochabamba. Los directores de varias revistas literarias del extranjero, entre ellas *Claridad* de la Argentina y *Repertorio Americano* de Costa Rica, recibían modestos envíos de *La Sierra* para la venta fuera del Perú¹³. De esta manera, *La Sierra* llegó a circular por casi todo el Perú, tanto en los departamentos del interior como en los de la costa; tenía distribución en Bolivia, Argentina, Chile y, en grado reducido, en otros países de América Latina; también circulaba entre los núcleos de estudiantes peruanos emigrados o exiliados en Francia y España, y era canjeada de manera sistemática con muchas otras publicaciones desde México hasta Tierra del Fuego¹⁴.

No obstante el bajo costo de la impresión en el Perú, *La Sierra*, como otras "pequeñas" publicaciones de la época, no reportaba ganancias. En el Perú, el ejemplar corriente impreso en papel periódico se vendía en 40 centavos, mientras que el ejemplar de lujo, impreso en papel más fino y duradero (del que se imprimieron entre 100 y 200 ejemplares cada número), se vendía en un sol. La suscripción anual costaba 4.50 soles en Lima y 5.00 soles en provincias, mientras que los patrocinadores de *La Sierra*, miembros de la honorífica "Asociación Renovadora Andina", recibían la edición de lujo a razón de 10 soles anuales. Sin embargo, resulta evidente que la mayor parte de los ejemplares impresos no llegó a venderse; de lo contrario, la empresa de Guevara habría tenido un éxito económico formidable.

12. Bajo la rúbrica "Biblioteca de La Sierra", muchos números de *La Sierra* llevan anuncios comerciales para libros peruanos y extranjeros. Consúltense, por ejemplo, I, No. 2 (febrero de 1927), p. 2; II, No. 16-17 (abril-mayo de 1928), p. 68; y II, No. 18 (junio de 1928), p. 50.

13. J. Guillermo Guevara, comunicaciones personales fechadas 9 de julio 1981 y 18 de agosto 1981.

14. Tamayo Herrera, *Ob. cit.*, p. 240.

Pero, de hecho, diez ejemplares del número correspondiente eran obsequiados a los colaboradores a falta de remuneración en dinero, mientras que un crecido número de ejemplares era canjeada con publicaciones peruanas y extranjeras, lo que implicaba fuertes gastos de franqueo. Finalmente, dado el primitivo circuito de la distribución comercial de libros y publicaciones periódicas en el Perú de los años veinte, la remisión de fondos de los agentes de *La Sierra* en provincias resultaba un problema sin solución. En toda probabilidad, la revista arrojaba pérdida para su director y dueño de la empresa, sobre todo durante los años 1929-1930, cuando la aparición de la revista se hizo errática.

Motivado en parte por el deseo de evitar los gastos y molestias de tener que mandar imprimir la revista a otras editoriales e imprentas, Guevara fundó su propia empresa en octubre de 1929, bautizándola la "Editorial Revista 'La Sierra'" y comentando extensamente su inauguración en el No. 31 (¿noviembre? de 1929) de *La Sierra*¹⁵. Las oficinas de la "Editorial Revista 'La Sierra'" fueron instaladas en la calle Polvos Azules (Camaná 116), apenas a una cuadra del Palacio de Gobierno. Guevara disponía de un capital suficiente para pagar la cuota inicial de una moderna prensa de manufactura italiana, que luego siguió pagando a plazos. La flamante editorial adoptó un emblema llamativo en la figura de la cabeza enchullada de un indígena peruano, a la que se le injertaba un par de alas extendidas (Figura No. 2), y anunció su disposición a cumplir cualquier encargo tipográfico. Simultáneamente, Guevara declaró que la "Editorial Revista 'La Sierra'" emprendería la publicación sistemática de libros de los mejores autores peruanos e "indolatinos".¹⁶

Sin embargo, la empresa de Guevara estuvo destinada al fracaso, no obstante los varios "Boletines" informativos y anunciadores (no menos de cinco) que llegó a publicar la "Editorial". Después de la clausura o cierre de *La Sierra* en julio de 1930, Guevara ya no pudo seguir pagando la prensa, de la que se apoderó nuevamente la casa importadora que se la había facilitado. Sin embargo, la publicación en 1931 de por lo menos un folleto que lleva el pie de imprenta de la "Editorial Revista 'La Sierra'" indica que Guevara se esforzó por mantener o resucitar su negocio aún después de la desaparición de *La Sierra*.

J. Guillermo Guevara fue un promotor y publicista de innegable talento. Cuando lanzó *La Sierra* en enero de 1927, el joven cuzqueño emigrado era desconocido tanto fuera como dentro del Perú. Sin embargo, albergaba altas si bien imprecisas ambiciones; le favorecían, además, abundante energía y una gran voluntad del trabajo. Para el primer número de *La Sierra* ya se había asegurado la colaboración de prestigiosas figuras del Sur peruano; ahora hacía frente a la difícil tarea de ganar para su revista una visibilidad internacional, y para sí mismo el rango de un progresista vocero "indolatino".

Los principales instrumentos empleados por Guevara en su campaña de autopromoción fueron dos: la carta y el canje, o intercambio de publicaciones. El

15. Véase "La paccarina de la Editorial Revista 'La Sierra'", *La Sierra*, III, No. 31 (1929), pp. 1-7.

16. El único libro que llegó a publicar la editorial de Guevara fue la *Filosofía del supranacionalismo* (1930 de su hermano Víctor J. Guevara, que salió en la distintiva letra gótica empleada en la composición tipográfica de *La Sierra* desde el No. 30 en adelante.

joven director de *La Sierra* inició contactos escritos con renombradas figuras intelectuales y literarias de América Latina, entre ellos Ricardo Rojas, Alfredo Palacios y Arturo Capdevila de la Argentina, Franz Tamayo de Bolivia y Juana de Ibarbourou del Uruguay. Utilizó estos contactos no sólo para solicitar contribuciones literarias para *La Sierra*, sino también para ganarle prestigio mediante su asociación con ilustres figuras "continentales" contemporáneas. Guevara también mantuvo activa correspondencia con compatriotas como Luis E. Valcárcel en el Cuzco, "Gamaliel Churata" (Arturo Peralta) y su hermano Alejandro Peralta en Puno, y César A. Rodríguez y Francisco Mostajo en Arequipa. Las cartas y comentarios de estos personajes de renombre regional o internacional, que aplaudían entusiastas o sólo cortesés la campaña "renovadora" de *La Sierra*, se destacaba en lugar preferencial en las páginas de la revista. Tales expresiones de aliento contrastaban con la falta de acogida que tuvieron Guevara, y *La Sierra* entre la prensa "oficial" de Lima, recepción que Guevara, ofendido, calificó de una "guerra del silencio". El internacionalismo o "continentalismo" de *La Sierra*, por ende, era manejado hábilmente por Guevara para compensar el silencio de la prensa limeña: el aliento y apoyo que no encontraba en Lima lo cosechaba por toda América Latina, luego de haber preparado el terreno mediante envíos de ejemplares o colecciones de *La Sierra* y de cartas personales dirigidas a figuras de innegable prestigio internacional.¹⁷

Los canjes de *La Sierra* merecen mención especial. Como las revistas contemporáneas *Amauta* y el *Boletín Titikaka* de Puno (1926-1930), *La Sierra* intercambiaba numerosos ejemplares con otras revistas de índole literaria y cultural publicadas por casi toda América Latina. La revista formaba parte, así, de una extensa si bien informal red de intercambios periodísticos e informativos, que registraba las contestaciones suscitadas entre los artistas e intelectuales del continente, por los temas sociales, políticos y artísticos de la década. Como "Gamaliel Churata", el director del *Boletín Titikaka*, Guevara era un maestro en el manejo del canje, empleándolo de manera eficaz para publicitar, entre los intelectuales de América Latina, *La Sierra* y la "doctrina" que pregonaba. Mediante la técnica del canje, Guevara podía disponer de revistas y periódicos del continente entero, publicaciones que su "tijera" convertía en fuente inagotable de artículos y poesías para las páginas de *La Sierra*¹⁸.

La recepción que tuvo *La Sierra* dentro del Perú fue desigual. Si bien la prensa "oficial" de la capital apenas si le hizo caso, la revista disfrutó de una favorable acogida en provincias. En 1928 se comentaría en el *Boletín Titikaka* que "El aprecio de que goza [*La Sierra*] en la sierra es casi general". El mismo autor pasaba luego a alabar la publicación de Guevara como una vigorosa revista anticentralista que

17. Una de semejantes transacciones se encuentra registrada en el No. 10 de *La Sierra*. Véase "Juana de Ibarbourou y 'La Sierra'", I, No. 10 (octubre de 1927), p. 50.

18. Un repaso de cuatro enumeraciones de "Periódicos y revistas recibidos", publicadas en *La Sierra* desde el No. 24 hasta el No. 30 (diciembre de 1928-¿setiembre? de 1929) arroja las siguientes cifras. *La Sierra* recibió un total de 128 revistas y periódicos: 15 de estas publicaciones provinieron del Perú, 93 de otros países de América Latina (casi la tercera parte de la Argentina), 11 de España y 9 de varios otros países, entre los que figuran Estados Unidos, Francia, Alemania, Rumanía y Marruecos.

daba a conocer los valores intelectuales y artísticos de la sierra peruana¹⁹. En efecto, la revista de Guevara parece haber generado, mediante el ejemplo dado y mediante sus exhortaciones a que los escritores y artistas provincianos glorificaran su herencia andina, un número de publicaciones "serranistas" de menor resonancia que tomaron como modelo *La Sierra*²⁰.

Sin embargo, si bien una revista provinciana como *Escocia* (Arequipa) de Francisco Mostajo otorgara a *La Sierra* la categoría de "el vocero del derecho y la cultura de las 'provincias'"²¹, había muchos que discrepaban de tal juicio. En Lima, la poetisa y militante política Magda Portal trató duramente a *La Sierra* en las páginas de su propia *Guerrilla*, calificando a sus redactores de "media docena de estudiantes sin ninguna altura espiritual", y a la revista misma como una publicación burda que se revolcaba en el "estéril odio contra el centralismo necio de la capital"²². De manera aun más cáustica, los jóvenes marxistas de la efímera revista cuzqueña *Kuntur* (1927-1928) vituperaban tanto a J. Guillermo como a Víctor J. Guevara, haciendo mofa de las limitaciones intelectuales de aquél y ridiculizando la abierta campaña de promoción que hacía *La Sierra* a favor de éste, el catedrático y político cuzqueño. J. Guillermo Guevara les pagó a sus enemigos en la misma moneda, hostilizándolos en las páginas de *La Sierra*²³.

Los años 1927-1930 constituyeron el punto culminante de la fugaz trayectoria pública de J. Guillermo Guevara. En su capacidad de director de *La Sierra*, alcanzó la categoría de una celebridad menor e hizo resonar su "mensaje" en el Perú y en el extranjero. Después de 1930, sin embargo, se perdió de la vista pública de manera casi instantánea, y son pocos e imprecisos los datos que existen sobre sus actividades durante los turbulentos años 1930-1933. Por los buenos oficios de un amigo y benefactor, el comandante Gustavo A. Jiménez, viejo conspirador antileguista, Ministro de Gobierno en el primer régimen de Sánchez Cerro (1930-

19. "Nuestros canjes", *Boletín Titikaka* (Puno), II, No. 25 (diciembre de 1928), p. 2.

20. En una nota a un editorial de 1928 ("Dos años de acción", III, No. 25-26 [enero-febrero? de 1929], p. 1), Guevara enumeró una serie de revistas aparecidas en provincias después del lanzamiento de *La Sierra*, cuyo "espíritu de autoctonismo reivindicacionista" y "elevados sentimientos americanistas" compartían: *Atusparia* (Huaraz), *Serranía* (Huánuco), *Editorial Titikaka* (Puno) y varios otros. Con la excepción del *Boletín Titikaka*, que por otra parte apareció en agosto de 1926, cuatro meses antes que *La Sierra*, éstas fueron publicaciones efímeras de brevísima vida, de una minúscula distribución y consumo, y de una resonancia estrictamente limitada al escenario regional. Guevara sostuvo correspondencia con los directores de varias de estas efímeras revistas, entre ellos con Alejandro Tafur (*Atusparia*) y Fernando Tapia (*La Puna de Ayaviri*), y los comentarios fragmentarios que dedicó a estas "hermanas" provincianas de *La Sierra* hace verosímil el aserto que algunas de dichas revistas nacieron estimuladas por el éxito de la publicación "serranista" de Guevara.

21. "Escocia" y "La Sierra", comentario (posiblemente de Francisco Mostajo, director de *Escocia*) reproducido en *La Sierra*, II, No. 19 (julio de 1928), p. 47.

22. Magda Porta, "Dos revistas andinas", *Guerrilla* (Lima), I, No. 4 (2ª quincena de mayo, 1927), sin número de página.

23. Véase, por ejemplo, el escabroso comentario dedicado por "Justo Huanca" al libro *Hacia Indolatinia* de Víctor J. Guevara en la sección "Índice bibliográfico: bestias i libros", *Kuntur* (Cuzco), I, No. 2 (enero de 1928), pp. 31-32, y "Nota polémica" de J. Guillermo Guevara, *La Sierra*, II, No. 19 (julio de 1928), pp. 51-52.

1931) y luego Ministro de Guerra de la Junta Nacional de Gobierno presidida por David Samanez Ocampo (1931), Guevara fue nombrado a un puesto burocrático en la Sala de Comisiones de la Cámara de Diputados, y durante los años 1933 y 1934 sirvió de agente para varias librerías limeñas²⁴. En 1935, contrajo matrimonio con la hija de un hacendado modesto en la capital provincial de Cajabamba, en el departamento norteño de Cajamarca, administrando, mejorando y por último, heredando la propiedad familiar, la que le pertenece hasta hoy día, no obstante una expropiación parcial efectuada bajo la Reforma Agraria del gobierno militar de Velazco Alvarado (1968-1975). Aunque ha tomado parte activa en los asuntos cívicos y políticos de la localidad (en la política com partidario de *Acción Popular* de Fernando Belaúnde Terry) y ha llegado a publicar varios folletos de menor interés, desde el año 1930 no ha vuelto a buscar un escenario nacional.²⁵

"Serranismo": Una Interpretación

La postura que adoptó *La Sierra* desde su aparición en enero de 1927, fue la de una "tribuna" dedicada a la defensa y la propagación de los valores andinos, reunidos y encomiados bajo el título de "serranismo". Estos valores andinos fueron contrastados, de manera sistemática y pugnaz, con la supuesta depravación de la cultura criolla y costeña. Mediante su subtítulo "Órgano de la Juventud Renovadora Andina", *La Sierra* se proclamaba la publicación de las provincias serranas y de la juventud peruana. El "Editorial" inicial de la pluma de J. Guillermo Guevara, en el primer número de la revista, rompió a hablar con el aserto categórico, "Esta revista representa la voz de los hombres del Ande", y pasó a renglón siguiente a declarar, con una hipérbole que le sería característica al autor, que contaba con consenso y la aceptación unánime de todos los escritores del Ande". El mismo texto hizo hincapié en la importancia de los valores "nacionalistas", "humanistas" e "indolatinos", señalando "[1] los problemas indígena, educacional y agrario" como los tres problemas de mayor trascendencia que confrontaban al Perú. Sin embargo, en esta primera proclamación editorial de *La Sierra*, fue sin lugar a dudas la defensa de la cultura sincrética propia del Sur peruano, lo que constituyó lo más fundamental del mensaje. Aseveró Guevara, en su prosa amanierada:

Poseedores de Arte propio: música, poesía, danza, arquitectura, escultura, pintura; de un espíritu, de una filosofía y de una ideología mutadoras, que en suma representan una *Cultura*, tenemos el deber de imponerla. A este gran programa de acción están en la ineluctable obligación moral de sumarse los hombres libres y todas las fuerzas vivas y renovadoras del Ande. "*La Sierra*", es pues protesta y primera reivindicación del serranismo que ha

24. J. Guillermo Guevara, comunicación personal fechada 9 de julio de 1981.

25. Los folletos publicados por J. Guillermo Guevara después de 1931 incluyen *Por el progreso de un pueblo* (Chiclayo: 1941), una colección de ensayos y discursos sobre problemas locales; *La rebelión de los provincianos* (Lima: Ediciones Folklore, 1959), otra colección de ensayos breves; *Rijchari Perú, despierta* (Lima: 1965); y *Rijchari Perú, carajo* (Lima: 1972), una colección de ensayos, algunos estrambóticos, sobre temas tan diversos como la reforma agraria, los problemas del alcoholismo y de la cocaínomanía y la cantante peruana Ima Sumac.

sido relegado a término secundario injustamente, y que hoy se precipita rampante desde la altura, rompiendo el bastión granítico para enclavar cual nuevo Manco Capac, en árido litoral, la varilla simbólica de la superioridad civilizadora²⁶.

La Sierra empezó su vida munida así de un programa de mayor aliento: el de imponer la cultura superior de las serranías sobre la de la costa "decadente". Y quedaba claro que la "campaña" de la revista trascendía las fronteras del Perú. El lanzamiento de *La Sierra*, aseveró Guevara, representaba la "iniciación de un hondo y vasto movimiento filosófico y artístico", y su aparición marcaba una nueva época en la historia de América. Además de ser "la síntesis de un anhelo nacional de renovación" y una publicación que pugnaría por "crear un espíritu nacional peruano", *La Sierra* también contribuiría a la formación de "un espíritu autóctono americano y ... humanista" de mayores alcances²⁷. Editoriales posteriores ayudarían poco a clarificar la terminología imprecisa empleada por Guevara en su inicial presentación de la revista. Servirían, sin embargo, para establecer el que la revista se concebía, simultáneamente y al parecer sin contradicción percibida, como regionalista, nacionalista, pro-indígena, internacionalista, pacifista, humanista y "revolucionaria".

Desde un principio, la orientación de *La Sierra* fue regionalista, telúrica y geográfica, ostentando como punto fundamental de referencia el Cuzco, ciudad natal de Guevara, con todas sus evocaciones de grandeza incaica. Como aseveró Guevara en un editorial de 1928:

Los que dirigimos esta tribuna procedemos del Cuzco. Y Kosko será siempre, hoy y mañana, centro, fuente y eje de unidad nacional. Sin TRADICION, sin SENTIDO histórico en la vida de los pueblos, en suma, sin CULTURA, no se concibe nacionalidad. Cuzco significa todo esto. Algo más. En la actualidad representa el meridiano intelectual del Perú²⁸.

Sin embargo, a pesar de los muchos homenajes ofrecidos a la cuna y centro de la civilización incaica, y no obstante la iconografía conscientemente nativista de la revista, *La Sierra* no puede calificarse sin más como una publicación indigenista. Sin lugar a dudas el indigenismo, sobre todo en sus manifestaciones más folklóricas prevalece en los 34 números de *La Sierra* como un tema importante. Son, sin embargo, un estridente regionalismo "serranista" y la defensa de las tradiciones culturales de las provincias surperuanas, las aportaciones principales de la revista al debate contemporáneo sobre el "problema nacional" peruano.

A la glorificación de las tradiciones de la sierra andina iba emparejada una hostilidad contra Lima, los limeños y lo limeño en su totalidad, animosidad cuya expresión a menudo sobrepasaba los límites del "buen gusto" contemporáneo. En las páginas de *La Sierra* se despliega la siguiente dicotomía tajante: los serranos,

26. J. Guillermo Guevara, "Editorial", *La Sierra*, I, No. 1 (enero de 1927), pp. 1-3, para todas las líneas citadas.

27. *Ibid.*

28. J. Guillermo Guevara, "Un año de acción", *La Sierra*, II, No. 13-14 (enero-febrero de 1928), p. 2.

con contadas excepciones, son presentados como viriles, "verticales", "inmáculos" e idealistas; los costeños, sobre todo los limeños, aparecen como afeminados, perezosos, corruptos y cínicos. El director y otros colaboradores de *La Sierra* adoptan una posición superior y moralizante al condenar (casi siempre en términos rotundos pero poco precisos) el "fracaso" de los líderes políticos e intelectuales del Perú. Despreñio especial merecen los "oligarcas" limeños (cuyos nombres quedan sin enunciar) que mantienen subyugadas a las provincias, al igual que esos serranos (también sin nombrar) que, habiendo llegado a la capital en calidad de representantes políticos de sus provincias, se dejan seducir y corromper por los equívocos encantos de la "decadente" Lima²⁹. La juventud, sobre todo la juventud serrana, reluce como el repositorio principal de la virtud moral y política, y atiborran las páginas de *La Sierra* tópicos como "hombres nuevos", "juventud libre", "nueva generación" y "fuerzas vivas y productoras", lugares comunes generados por el movimiento de la Reforma Universitaria y luego difundidos mediante las Universidades Populares González Prada.

El mensaje de Guevara, su prédica de la superioridad moral del "hombre del Ande" sobre el costeño, encontró entusiastas seguidores entre los emigrados estudiantes de origen provinciano residentes en Lima. Hasta algunos de los colaboradores limeños de *La Sierra*, como Manuel Seoane, el ex presidente de la Federación de Estudiantes Peruanos, se plegarían a la línea "serranista" de Guevara. Desde su exilio en Buenos Aires, Seoane declaró en 1927:

Hace tiempo que me quema los labios la necesidad de renegar de mi limeñismo de origen. Creo que el Perú incontaminado, el Perú con sexo, capaz de erguirse sobre su propia esclavitud, quebrando cadenas y ganando el porvenir, es el Perú serrano, el Perú de provincias, con músculos de Ande, con tórax de cielo, con estremecimiento de volcanes. Ese es el Perú auténtico y el Perú peruano³⁰.

De hecho, para muchos de los colaboradores de *La Sierra*, como para el Seoane de esta cita, ser limeño resultaba la antítesis de ser peruano.

¿Qué pensar del "serranismo" de la revista de Guevara? ¿Y cómo comprender la retórica anticapitalina de *La Sierra*, su apropiación beligerante del lenguaje y de los símbolos del indigenismo, el estridente tono moralizante empleado de manera permanente por Guevara y sus asociados? Con respecto a todos estos puntos, resulta evidente que en la "campana" de *La Sierra* había no poco de pose y de fórmula. Y de manera igualmente evidente, gran parte de la pose y de la fórmula de *La Sierra* es herencia directa de Manuel González Prada, el poeta, crítico social y político fracasado cuya "vivisección" de la sociedad peruana y cuya maestría en el empleo del adjetivo fulminante y de la imagen devastadora, constituyeron

29. Véase [José] Eugenio Garro, "Lima y la sierra", *La Sierra*, I, N° 6 (junio de 1927), pp. 11-14, y I, N° 7 (julio de 1927), pp. 26-29; y J. Guillermo Guevara, "Antagonismo histórico", *La Sierra*, II, N° 16-17 (abril-mayo de 1928), pp. 3-5, para ejemplos de artículos de esta índole.

30. Manuel A. Seoane, "Peruanismo y limeñismo", *La Sierra*, II, No. 13-14 (enero-febrero de 1928), pp. 59-60.

un legado recogido por sucesivas generaciones de radicales peruanos. Aunque *La Sierra* también cuenta entre los antecedentes de su agresivo regionalismo "serranista" a pensadores telúricos como el boliviano Franz Tamayo, el argentino Ricardo Rojas y Federico More, el controvertido polemista "andinista" de Puno, la principal "figura tutelar" de la revista es, sin lugar a dudas, González Prada.

La obra de González Prada formaba parte fundamental de la formación intelectual de toda una generación de disconforme juventud provinciana³¹. El bien conocido anticlericalismo de González Prada, sus vituperios contra la "decadencia" moral de Lima y de los dirigentes políticos del país, su enfática identificación del Perú "auténtico" con las serranías andinas, todos constituían parte integral y reconocida del equipaje intelectual de Guevara y sus asociados. La prosa cadenciada y sumamente imitable de González Prada, su tesón en el ataque procaz, su maniquea división de la humanidad en "libres" o "lacayos", en "verticales" u "horizontales", encuentran eco y prolongación en las páginas de *La Sierra*. González Prada, además de ser el autor de varios aforismos reproducidos en *La Sierra* bajo la rúbrica de "Admoniciones" y la inspiración para un número apreciable de ensayos y poemas publicados en la revista, fue una fuente principal para el estilo de escribir derivativo de J. Guillermo Guevara. Al repasar los editoriales y ensayos de la pluma de Guevara, el lector enterado se da cuenta inmediata de la apropiación del léxico característico de González Prada: sustantivo como "corifeos", "lacayos", "pánfilos y cretinos", "servilismo", "reptiles"; adjetivos como "integral", "inmáculo", "incólume", "retrogrado", "decrépito", "caduco", "claudicante" y "atávico". También resalta otro aspecto fundamental del legado de González Prada: la postura del hombre "sin mácula" que fustiga los vicios de una sociedad degradada, pero desde un sitio por encima de la "corrupción" de la política partidaria, reteniendo así el crítico su "independencia absoluta" y su integridad moral. Los implacables denuncios de los fracasos de los líderes nacionales del pasado que lanzaba Guevara (mientras, prudente, se abstenia de provocar con críticas parecidas al régimen contemporáneo de Augusto B. Leguía), sus repetidas aseveraciones de una total independencia en el pensamiento y en la acción, bastan para asegurarle al director de *La Sierra* el rango de uno de los numerosos "epígonos" provincianos del "maestro" González Prada³².

Pero si bien figuras como González Prada, Franz Tamayo y Federico More son reconocibles como antecedentes del "serranismo" de Guevara, también es evidente que la agresiva campaña regionalista emprendida por *La Sierra* se debe en

31. La clásica biografía de González Prada es la novelada *Don Manuel* de Luis Alberto Sánchez, 3ª edición (Santiago de Chile: Ercilla, 1937). También de importancia es Eugenio Chang-Rodríguez, *La literatura política de González Prada, Mariátegui y Haya de la Torre* (México: Ediciones de Andrea, 1957), pp. 49-125. Sobre el estilo de González Prada, que tanta influencia ejerció sobre los seguidores del "Maestro", consúltese Robert Mead, "González Prada y la prosa española", *Revista Iberoamericana*, 17, No. 34 (agosto de 1951-enero de 1952), 253-68.

32. Consúltese David O. Wise, "La consagración de González Prada: maestro y epígonos, 1918-1931", *Cuadernos Americanos* (México), Año 42, Vol. 250, No. 5 (setiembre-octubre 1983), pp. 136-72.

gran parte a los resentimientos personales de J. Guillermo Guevara y a la presencia contemporánea de un nutrido y disconforme grupo de provincianos emigrados en la capital del Perú. Ya nos hemos referido al creciente número de estudiantes de origen provinciano residentes en Lima durante la década del veinte. Un hecho de importancia primordial es el que muchos de dichos provincianos se percibieran discriminados por los estudiantes limeños de mayores recursos que predominaban numéricamente dentro de la Universidad de San Marcos, institución en la que, por otra parte, la mayoría de las cátedras era detentada por miembros de las familias éliticas de la "República Aristocrática". En la Lima de esa época, el serrano no pocas veces era visto y caricaturizado como un rústico sin cultura, y el mismo epíteto "serrano" llevaba una carga hartamente despectiva³³.

El testimonio personal de J. Guillermo Guevara no deja posibilidad de dudar de lo intenso de su reacción contra lo que percibía como desaires y otras formas de discriminación social. En un discurso que pronunció en el Cuzco en 1928, al ofrecérsele un agasajo con motivo de su vuelta a su ciudad natal en la capacidad de director de *La Sierra*, Guevara narró cómo, mientras viajaba por primera vez a Lima (en 1922), sus compañeros de tren le iban aleccionando sobre cómo debía portarse y hablar en Lima para ocultar su origen provinciano y evitar las concomitantes burlas y desaires. Después de pasar varios meses en la capital, prosiguió Guevara, pudo confirmar que en Lima, de hecho, se le trataba al serrano "con el mayor desprecio". Como reacción directa e inmediata, declaró Guevara, concibió la idea de fundar una publicación que "dignificara" y "exaltara" al serrano³⁴. Y en una entrevista sostenida en 1980 con el autor de este artículo, Guevara relató la génesis de *La Sierra* en términos igualmente personales, explicando la fundación de la revista como un acto directo de compensación —casi de venganza— por el rechazo social que sufrió en San Marcos a manos de sus compañeros de universidad de origen limeño:

La Universidad Mayor de San Marcos estaba copada por estudiantes limeños, descendientes de la aristocracia virreinal. Entre sus antepasados, decían, se contaban marqueses, condes... A los provincianos que ingresamos a San Marcos, nos hostilizaban, llamándonos *serranos... cholos, indios...* Entre mí, pensaba: algún día me la pagarán. En 1927, fundé la revista "*La Sierra*"³⁵.

Evidentemente, la poco grata experiencia estudiantil sufrida por Guevara no fue un caso de excepción, de modo que el "serranismo" que luego encontraría expresión en las páginas de su revista debe entenderse como un fenómeno de grupo. Como sugiere José Tamayo Herrera, el rechazo social experimentado en Lima por los provincianos de la generación de Guevara, los provocó a muchos a que adoptaran una actitud de desafío, a que asumieran el epíteto despectivo de "serrano" como divisa o blasón de identidad, a que hicieran proclama abierta de sus orígenes andinos

33. Tamayo Herrera, *Ob. cit.*, p. 240.

34. "Agasajo en el Cuzco al director de 'La Sierra'", *La Sierra*, II, No. 24 (diciembre de 1928), pp. 46-47.

35. Entrevista sostenida por el autor con J. Guillermo Guevara, Cajabamba, Perú 19-20 agosto 1980.

y de su "superioridad viril". Obligatoriamente, esta necesidad de autoafirmación encontró su expresión en una enfática afirmación de los "valores" andinos y en la defensa de la sincrética herencia indo-mestiza del Sur peruano en todas sus múltiples manifestaciones: folklóricas, musicales, artísticas y culinarias³⁶.

Muchos de los provincianos emigrados escogieron cultivar su identidad andina mediante su participación en las actividades de los clubes regionales que comenzaron a proliferar en Lima durante la década de 1920, mediante la producción y el consumo de arte nativista, y mediante su adhesión a postulados como los de González Prada y de Federico More referentes a la superioridad de lo andino sobre la "decadente" cultura criolla de la costa. De esta manera, muchos "mistis", provenientes de familias que en la provincia vivían del excedente del trabajo del campesinado indígena, en la capital fueron transformados en fervientes "andinistas" o "serranistas" que emprendieron la defensa de valores y manifestaciones culturales ya no sólo regionales, sino a menudo específicamente indígenas.

Los jóvenes provincianos asociados en la empresa de *La Sierra* manifiestan las características de un grupo étnico o "status group", antes que las de una clase, un partido o un grupo de presión³⁷. La cohesión del grupo de Guevara se basaba, no en primer lugar sobre cálculos de beneficio personal ni sobre un plan de acción razonado, sino sobre sus experiencias más íntimas y elementales —las de la niñez—, sobre su común estilo de vida andino y su vínculo circunstancial de ser miembros de un grupo de reducido prestigio dentro del ambiente ajeno y poco hospitalario de Lima. Guevara y otros colaboradores de *La Sierra*, por ejemplo, tuvieron participación activa en el "Centro Cuzco", una asociación regional fundada en Lima en 1927 por y para cuzqueños emigrados, la que patrocinaba reuniones sociales, actividades deportivas, conferencias y veladas artísticas y musicales. Guevara sirvió como segundo vicepresidente del "Centro Cuzco", valiéndose de esta asociación como una plataforma adicional para avanzar su cruzada "serranista"³⁸. A pesar de su antileguísmo, Guevara mantuvo, por medio del "Centro Cuzco", relaciones cordiales con políticos cuzqueños residentes en Lima, entre ellos José Angel Escalante y Manuel Silvestre Frisancho, ambos miembros leguistas de la Cámara de Diputados. Ni el uno ni el otro de estos prestigiosos coprovincianos, evidentemente, pertenecían al número de los políticos "seudo-regionalistas" y "conservadores" que

36. Tamayo Herrera, *Ob. cit.*, pp. 240-41.

37. Immanuel Wallerstein, comentando la categoría "status group" empleada por el sociólogo Max Weber en su *Economía y sociedad*, ofrece la siguiente definición sintética del término: "Status groups are primordial [i.e., "significant relational"] groups into which persons are born, fictitious families presumably tied together by loyalties which are not based on calculated goal-oriented associations, groups encrusted with traditional privileges or lack of them, groups which share honor, prestige rank, and above all, style of life... but which do not necessarily share a common income level or class membership". Immanuel Wallerstein, "Social Conflict in Post-Independence Black Africa: The Concepts of Race and Status Group Reconsidered". *The Capitalist World-Economy* (Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press, 1979). pp. 166-67.

38. Véase el breve aviso titulado "Centro Cuzco", en *La Sierra*, I, No. 11-12 (noviembre-diciembre de 1928). p. 68, que enumera la planilla administrativa y sintetiza el programa de esta organización.

Guevara fustigaba en ensayos como "Antagonismo histórico" (II, No. 16-17 [abril-mayo de 1928]).

En la selección de materiales que hizo Guevara para la publicación en *La Sierra*, resulta obvio que la afiliación política de los autores contaba menos que su categoría étnica/regional y su prestigio contemporáneo. La afiliación regional o étnica era lo primordial, la ideología profesada era de importancia secundaria. Por otra parte, la ciudad de Lima figuraba siempre como una cloaca en la que se reunían los vicios morales y los cívicos, constituyendo el fundamental e indispensable punto de referencia negativo para *La Sierra*. De esta manera, como resultado de una transformación de los términos de la vieja disputa "capital-provincias", transformación efectuada por la migración a Lima de estudiantes de las capas medias provincianas, algunas de las más enfáticas fulminaciones antilimeñas y anticentralistas de la década del veinte, fueron pronunciadas en la "decadente" capital misma. Y en último término, la publicación de una "tribuna" regionalista y andina como *La Sierra* en la capital costeña —hecho al que la revista debió mucho de su difusión y de su resonancia contemporáneas— constituye un irónico tributo a la fuerza avasalladora del "centralismo limeño" tan escoriado por los demagogos provincianos de la década.

El Contenido de "La Sierra": Temas Principales

En primer lugar, e indudablemente el tema de mayor importancia entre las preocupaciones de *La Sierra*, fue la "reivindicación" de la cultura, arte e historia del Perú provinciano, con referencia especial al Sur andino. Además de declaraciones programáticas como los editoriales de Guevara y mini-manifiestos provincianistas de Luis E. Valcárcel, Emilio Romero, Luis Velazco Aragón y otros, *La Sierra* ofrecía a sus lectores numerosos artículos de índole histórica, sociológica, etnográfica o económica, artículos que enfocaban instituciones y temas sociales netamente peruanos. Entre tales textos figura "El pongo" de Luis F. Aguilar (I, No. 3 [marzo de 1927]), estudio que examinaba de cerca y con detalles que evidencian un conocimiento personal e íntimo de la materia, el *pongueaje* o *servidumbre doméstica* todavía en vigor en la región del Cuzco. *La Sierra* también demostró una predilección por el proceso y los temas de la historia peruana y por el contemporáneo "problema nacional", publicando artículos o estudios históricos de Atilio Sivirichi, Jorge Basadre y otros. También hizo públicas las extensas respuestas que formularon Basadre y José Carlos Mariátegui a un cuestionario preparado por un "Seminario de Cultura Peruana" (III, No. 29 [1929]), interrogatorio que tenía como objeto el carácter de la economía nacional. El libro *Tempestad en los Andes* (1927) del intelectual y escritor cuzqueño Luis E. Valcárcel, fue publicado por capítulos con el visto bueno del autor, apareciendo a lo largo del primer año de vida de *La Sierra*.

Un género predilecto de *La Sierra*, que sirvió también para aumentar el prestigio de la revista mediante su asociación con figuras intelectuales reconocidas, fue la

entrevista publicada. Guevara demostró especial predilección por este género cuasi-literario, y las entrevistas que sostuvo *La Sierra* con celebridades contemporáneas como Francisco Mostajo, Enrique López Albújar, César A. Rodríguez y el argentino Ricardo Rojas, son de los textos de la revista que mayor interés retienen hoy. Vistas en conjunto, estas entrevistas reúnen valiosa información sobre personalidades y temas de los años veinte y, como constan de diálogos de una relativa espontaneidad, son de las páginas de *La Sierra* que mejor logran captar el sabor de la vida intelectual, sobre todo la vida intelectual en provincias, durante los postreros años del *oncenio*.

Artículos y entrevistas como los ya aludidos constituyen tal vez la contribución más importante hecha por *La Sierra* a los debates contemporáneos sobre la cultura nacional y americana. Escritores como Valcárcel, Romero y Basadre, sin formar parte del grupo núcleo de *La Sierra*, alentaban a la revista tanto con sus escritos como con su apoyo moral, elevando el tono, la visibilidad y el prestigio de la campaña de Guevara. Por su parte, *La Sierra* demostró una gran permeabilidad a contribuciones que reflejaban puntos de vista asaz heterogéneos. Esta política editorial sumamente ecléctica, que se encontraba reforzada por la frecuente necesidad pragmática de rellenar los números de la revista con los materiales que hubiesen a la mano, aseguró que los artículos publicados por *La Sierra* fueran desiguales, tanto en la calidad como en el enfoque. Casi todos los materiales remitidos para la publicación en *La Sierra* podían contar con una acogida segura, con tal que trataran de alguna forma la provincia peruana, sobre el devenir o los problemas de "Indolatimia" (palabra ésta acuñada por Víctor J. Guevara para designar las naciones de América Latina) o sobre la campaña "serranista" de J. Guillermo Guevara.

Una característica esencial de *La Sierra* fue su preocupación por figuras y "valores" continentales, o para emplear la terminología de Víctor J. Guevara, la atención que dedicó a temas "indolatinos" y "supranacionales". Los dos Guevara pretendían la categoría de pensadores y maestros de la juventud, Víctor J. Guevara mediante su doctrina de la "supranacionalización de la prensa", doctrina utópica que recibió intensa ventilación en las páginas de *La Sierra*, J. Guillermo Guevara por medio de su autopromoción editorial como vocero de la "inmácula" juventud provinciana y de América. J. Guillermo Guevara también ambicionaba verse reconocido como un líder de la prensa nacional e internacional, como hacen claro pronunciamientos suyos como "Concitación al periodismo puneño" (III, No. 27 [1929]), "Mensaje de la revista '*La Sierra*' a la juventud y al periodismo" (III, No. 29 [1929]) y "Saludo al periodismo chileno" (III, No. 27 [1929]). Guevara mantuvo contactos estrechos con grupos estudiantiles en varios países de América Latina, notablemente en el vecino país de Bolivia, en setiembre de 1928 siendo nombrado representante oficial en el Perú de la Federación Universitaria de Bolivia³⁹.

Uno de los temas internacionalistas de *La Sierra* que más llama la atención, constituyendo un punto tan prominente como débil de la revista, fue su promoción

39. "Nombramiento al director de 'La Sierra'", *La Sierra*, II, No. 22-23 (octubre-noviembre de 1928), p. 77, y la respuesta de Guevara aceptando el nombramiento bajo el título "J. Guillermo Guevara, representante de la juventud de Bolivia, en el Perú", III, No. 25-26 (1929), p. 70.

de la doctrina de la "supranacionalización de la prensa" avanzada por Víctor J. Guevara en su libro *Hacia Indolatinia* (1926). Según esta "doctrina", en la que se refleja el sentimiento internacionalista y pacifista de los años posteriores al fin de la Primera Guerra Mundial, el Cuarto Estado sería "supranacionalizado" y revestido de plena autonomía; los periodistas del mundo gozarían de la más estricta inmunidad profesional, preferencialmente bajo la égida de la Liga de las Naciones. Víctor J. Guevara elaboraría y defendería este ingenuo tema en nimio detalle, empleando un agobiante estilo jurídico-profesoral, en ensayos y comentarios esparcidos por los números de *La Sierra*⁴⁰. Aunque contemporáneos de Víctor J. Guevara informan que la "supranacionalización de la prensa" no era tomada en serio entre los intelectuales peruanos⁴¹, al parecer era aceptada con toda seriedad por J. Guillermo Guevara quien la elevó a la categoría de uno de los artículos de fe de la campaña "renovadora" de *La Sierra* y encareció sus virtudes en sucesivos editoriales. Proclamaba J. Guillermo Guevara en "Dos años de acción" (1929), escrita con motivo del segundo aniversario de la revista:

SERRANISMO, SUPRANACIONALIZACION, INDOLATINIA, forman el triángulo básico, de la monumental pirámide, sobre cuyo vértice glorioso, incólume, flamea su agitación revolucionaria, esta bandera: "LA SIERRA", cuya trascendental misión consiste en crear un espíritu auténticamente indolatino, esclarecido, superior, nuevo⁴²

Sin embargo, y a pesar de la extensa propaganda que le hiciera *La Sierra*, la doctrina de la "supranacionalización de la prensa" no llegó a prosperar en el Perú.

El internacionalismo de *La Sierra* también es evidenciada por la atención selectiva que prestaba a acontecimientos políticos y culturales de la época. La revista alababa la resistencia hecha por Sandino en Nicaragua a las fuerzas norteamericanas, publicando porciones de reportaje hecho por el peruano exiliado Esteban Pavletich sobre la campaña militar de Sandino⁴³. Protestaba contra la tiranía del dictador Juan Vicente Gómez de Venezuela y la persecución de periodistas en Bolivia. Reprodujo un discurso anti-yanqui del asesinado líder comunista cubano Julio Antonio Mella, y dedicó el grueso de todo un número (No. 9, setiembre de 1927) como un homenaje a México revolucionario. Felicitaba a la juventud de España con motivo del derrocamiento del dictador Primo de Rivera en 1930, y a la de Bolivia por su participación en el golpe que derrocó al presidente Siles el mismo año. Informaba extensamente sobre congresos y reuniones de importancia continental, publicando por ejemplo un mordaz informe de la pluma del nacionalista argentino Manuel

40. Entre dichos ensayos de Víctor J. Guevara figuran "Una doctrina americana: la supranacionalización de la prensa", *La Sierra*, I, No. 3 (marzo de 1927), pp. 9-10, "La supranacionalización y el Congreso de la Prensa de Ginebra", I, No. 9 (setiembre de 1927), pp. 43-46, y "Filosofía del supranacionalismo", III, No. 30 (1929), pp. 11-19.

41. Entrevista sostenida con Emilio Romero, Lima, 15 de agosto 1980; entrevista sostenida con Luis E. Valcárcel, Lima, 16 agosto 1980.

42. J. Guillermo Guevara, "Dos años de acción", p. 4.

43. Esteban Pavletich, "Trayectoria bélica del general Sandino", *La Sierra*, III, No. 29 (1929), pp. 13-16.

Ugarte sobre el congreso panamericano llevado a cabo en 1928 en la Habana, e informaba de manera esporádica sobre la política estudiantil en otros países de América Latina, notablemente sobre las actividades de la radical Federación Universitaria de Bolivia.

La presencia, en *La Sierra*, de artículos eventuales de autores marxistas-leninistas como Julio Antonio Mella, Diego Rivera y José Carlos Mariátegui, de ninguna manera debe entenderse como una ratificación editorial del programa político marxista. *La Sierra* también abría sus páginas —y con mayor frecuencia— a contribuciones de representantes del liberalismo político tradicional como fue Víctor J. Guevara, y a las de los apristas con quienes rompiera Mariátegui en 1928. Los contactos de Guevara con los dirigentes apristas Haya de la Torre y Manuel Seoane se remontaban a sus años estudiantiles en San Marcos, antes de que Haya y Seoane fueran deportados por el gobierno de Leguía. Seoane, que residía en Buenos Aires y escribía para periódicos como *La Nación*, era corresponsal de *La Sierra* en la capital porteña, mientras que contribuciones de Haya de la Torre aparecen desde el Número 18 (junio de 1928) de la revista. En un momento en que la estrella de Haya, que ya llevaba seis años fuera del Perú, brillaba débil en Lima, *La Sierra* fue, en las palabras del fundador del Apra, "la única publicación que en Lima no ha desterrado mi nombre de sus páginas"⁴⁴. Guevara sostuvo correspondencia con Haya y con otros apristas en el exilio, manteniendo el nombre de Haya ante los lectores de *La Sierra* y publicando documentos que presentaba la posición aprista en la contienda por el liderazgo de la izquierda peruana que surgió a raíz de la ruptura entre Haya y Mariátegui en 1928.⁴⁵

Un análisis del polifacético indigenismo peruano de la década del veinte queda fuera del alcance de este ensayo. Basta decir que en las páginas de *La Sierra* se encuentran representadas, de manera errática, casi todas las corrientes de pensamiento señalado (junto con el problema agrario y el de la educación), en el editorial de presentación de *La Sierra* en enero de 1927, como uno de los tres retos fundamentales afrontados por la nación. Sin embargo, en el tratamiento que recibieron en *La Sierra* estos tres problemas entretreídos, resulta difícil señalar textos claves o "hegemónicos". La revista no abogó por ninguna medida política concreta con excepción de la "pulverización del latifundio", y los textos que publicó a este respecto recorren la gama entre las recomendaciones legalistas y liberales de Víctor J. Guevara al análisis social marxista de José Carlos Mariátegui. A nivel de los pronunciamientos editoriales, había un fuerte compromiso retórico con la "redención" del indígena, caracterizado por J. Guillermo Guevara no como un espécimen humano destinado a la decadencia completa, sino como "un factor redimible que conserva incólume el espíritu de la raza", o sea como el último repositorio y guardián de la esencia andina y americana. Debido a su secular explotación a manos del blanco o "misti",

44. Víctor Raúl Haya de la Torre, "Pensamientos de Haya de la Torre", *La Sierra*, III, No. 28 (1929), p. 6.

45. Consúltese, sobre todo, Víctor Raúl Haya de la Torre, "Carta de Haya de la Torre a 'La Sierra'", *La Sierra*, II, No. 18 (junio de 1928), pp. 5-6, y "Una carta rectificatoria de Haya de la Torre", IV, No. 32-33 (1930), pp. 88-91.

el indígena había caído en un estado de ignorancia y esclavitud. No obstante poseía, en el parecer de Guevara, plena capacidad de adaptarse a las "modernas formas de la vida". *La Sierra*, proclamaba su director, estaba "al lado del indio, de la justicia" y se esforzaría por conseguir "parcelación y...pulverización del latifundio", mediante una campaña que redundaría en beneficio de toda la nación peruana⁴⁶. Tal vez no sea errado observar que la posición implícita adoptada por *La Sierra* frente al "problema indígena" se asemeja bastante a la adoptada por el Partido Aprista Peruano en su "Programa Mínimo" de 1931; este documento electoral exigió la modernización y la tecnificación de la agricultura, la transformación de las comunidades indígenas en cooperativas, el fomento de la propiedad pequeña y la incorporación del indio a la vida nacional por medio de un sistema de educación reformado y una vigorosa campaña contra el uso del alcohol y de la coca⁴⁷. No debe perderse de vista, sin embargo, que el objeto primordial perseguido por *La Sierra*, antes que una solución científica del "problema indígena" contemporáneo, fue la exaltación de la cultura propia de "los hombres del Ande".

No obstante la abigarrada variedad de los pronunciamientos sobre el "problema indígena" registrados en *La Sierra*, en una ocasión el director de la revista dejó en claro que sólo los "serranos" mismos tenían capacidad de tocar de manera inteligente la especificidad de los problemas indígenas. El editorial "Oportunismo indigenista" de Guevara, publicado en el Número 4 de la revista (abril de 1927), arremetía contra el "oportunismo limeño" y contra esos limeños, entre ellos a José Carlos Mariátegui, que estarían tratando de monopolizar la causa del indio, a quien "ni siquiera conoc[ían]". El grueso del ataque de Guevara iba dirigido contra Mariátegui:

José Carlos Mariátegui y el presunto indigenismo hablarán del indio al amparo del socialismo y no vamos a creerles. Pueden disfrazarse y llamarse a si mismo "titeres", "apóstoles" o "redentores" a nosotros se nos va un cominillo... Pasaron ya los tiempos en que cualquier limeño charlatán seducía con su vacuidad relumbrona a los provincianos.

Sólo los que habían convivido con el indio peruano, "en los míseros poblachos del Ande: en el Cuzco, en Ayacucho, en Cajamarca, en Puno", poseían el derecho de hablar de avanzar propuestas de soluciones⁴⁸.

46. J. Guillermo Guevara, "Editorial", p. 2.

47. Consúltese el "Plan Mínimo" del Partido Aprista Peruano para la campaña electoral de 1931, reproducido en Víctor Raúl Haya de la Torre, *El plan del aprismo* (Lima: Editorial Libertad, 1933), pp. 37-56.

48. J. Guillermo Guevara, "Oportunismo indigenista", *La Sierra*, I, No. 4 (abril de 1927), pp. 4-5. A pesar de su antipatía personal contra Mariátegui, en el último número de *La Sierra* (IV, No. 34 [1930], p. 45), Guevara compuso una breve necrología del intelectual marxista fallecido el 16 de abril de 1930, minimizando las diferencias y caracterizando a Mariátegui como un gran luchador y artífice de la palabra, aludiendo sólo indirectamente a ciertos "puntos negros" en la trayectoria de Mariátegui.

Literatura, Artes Visuales y Música en *La Sierra*

Para que los "hombres del Ande" pudieran afirmar su identidad propia dentro del escenario limeño de manera convincente, era imprescindible demostrar que eran, de hecho, "poseedores del Arte propio". A este fin, J. Guillermo Guevara solicitaba —y apropiaba— para *La Sierra* múltiples creaciones literarias, gráficas y musicales producidas por escritores, artistas y compositores-intérpretes provincianos. Sin lugar a dudas, la revista jugó un papel importante en la popularización del nativismo literario y musical en el Perú de los años veinte, aunque la calidad de las creaciones artísticas presentadas en *La Sierra*, en todos los medios y géneros, fue sumamente desigual. *La Sierra* publicaba poesías de artistas provincianos como el modernista arequipeño César A. Rodríguez y los jóvenes poetas nativistas-vanguardistas del "Grupo Orkopata" de Puno, piezas musicales "cultas" basadas en temas folklóricos de compositores andinos como Roberto Ojeda Campana (Cuzco), Juan de Dios Aguirre (Cuzco) y Theodoro Valcárcel (Puno), los artefactos de numerosos jóvenes y mediocres pintores, escultores y grabadores, amén de reproducciones de soberbias fotografías andinas de la cámara del fotógrafo pionero Martín Chambí. La revista presentaba además gran cantidad de poesías de escritores, tanto de principiantes como de los ya establecidos, de otros países de América Latina.

La Sierra también funcionó como proveedora de noticias bibliográficas, ofreciendo a sus lectores datos e información sobre libros, folletos y otras publicaciones recién aparecidas. La sección "Valoraciones", iniciada con el Número 2 (febrero de 1927) y presente en casi todos los números posteriores, estaba dedicada al comentario y a la reseña publicando cartas, breves ensayos, noticias, eventuales entrevistas o necrologías y, sobre todo, reseñas de libros y revistas de aparición reciente. Aunque estas reseñas por lo general fueron de poca calidad, sirvieron para publicitar la producción literaria contemporánea del Perú y de América Latina, y llevaron al conocimiento de los lectores de *La Sierra* en provincias obras como *Matalaché* (1928) de Enrique López Albújar, *La Monografía del Departamento de Puno* (1928) de Emilio Romero y *Los de abajo* del novelista mexicano Mariano Azuela.

Pero el tratamiento crítico de temas artísticos, literarios y estéticos no fue un aspecto prominente de la revista de Guevara. *La Sierra* no articuló nunca una posición estética propia ni participó en el debate contemporáneo sobre el "arte nuevo" (el vanguardismo literario) del día. En *La Sierra* no se encuentran pronunciamientos programáticos editoriales sobre el arte, y los artículos que abordan la teoría o la crítica del arte o de la literatura son escasos y de calidad mínima. No es de sorprenderse que el director de *La Sierra*, cuya formación universitaria se centraba en las matemáticas, la ingeniería y la política estudiantil, demostrara reducido interés por la teoría del arte y de la literatura. Es innegable que Guevara tenía en gran estima a los artistas (en su incorporación adolescente de las obras de González Prada figuraba de manera prominente la extensa poesía del "Maestro") y cultivaba activamente su apoyo a fin de legitimar *La Sierra* como iniciativa cultural. Sería exagerado, sin embargo, atribuirle a Guevara una posición estética que fuera más allá de un nativismo ecléctico y de una admiración generalizada por el arte "nuevo" y "renovador".

La poesía de autores extranjeros reproducida en las páginas de *La Sierra* va desde los poemas innegablemente "nuevos" de los estridentistas mexicanos Manuel Maples Arce y Luis Quintanilla y las composiciones igualmente vanguardistas del chileno Juan Marín y el ecuatoriano Hugo Mayo, hasta las cadenciosas composiciones criollistas de los escritores rioplatenses Fernán Silva Valdés e Ildefonso Pereda Valdez, y los floridos poemas "titánicos" y tropicalistas de los brasileños Theoderick de Almeida y Saúl de Navarro. También se dan textos de poetas postmodernistas como Juana de Ibarbourou, Gabriela Mistral y Alfonso Reyes. En *La Sierra*, de hecho, Guevara hacía destacar la producción de las poetisas de la época, agrupando poemas de Ibarbourou, Mistral, la argentina Delmira Agustini y la uruguaya Raquel Sáenz bajo la rúbrica "Poetisas de América" en el Número 2 de la revista (febrero de 1927) e inaugurando una efímera sección titulada "Páginas Femeninas" con el Número 6 (junio de 1927). En resumen, los textos de poetas extranjeros que reprodujo *La Sierra* constituyen un verdadero baiburrillo de la producción poética contemporánea. Son pocos los poetas, sin embargo, cuya producción está representada por más de dos o tres composiciones, y los escritores ahora reconocidos como figuras principales de la vanguardia poética de los años veinte, están casi del todo ausentes.

La poesía peruana reproducida en *La Sierra* también evidencia una mezcla de estilos y, como los otros géneros literarios representados en la revista, es de calidad desigual. Figuran en lugar prominente las composiciones vanguardo-indigenistas de poetas provincianos como Luis de Rodrigo, Guillermo Mercado de Arequipa, Nazario Chávez y Aliaga (nacido en Cajamarca) y los puneños Emilio Vásquez, Emilio Armaza, "Gamaliel Churata" (Arturo Peralta) y Alejandro Peralta. Estos poemas expresaban temas nativistas y escenarios locales —la plaza pueblerina, el poblado indígena o la adusta puna andina— con arreglos tipográficos insólitos y desconcertantes metáforas "nuevas". También hay poemas de índole exótica y geoamericanista en el estilo de José Santos Chocano, piezas modernistas/decadentistas de César A. Rodríguez, conatos de heroicas épicas andinas, composiciones sentimentaloides como "La raza abandonada" de J. Alberto Ormeño (I, Nº. 5 [mayo de 1927]), poemas intimistas de tono menor en el estilo de las poetisas rioplatenses Ibarbourou, Agustini y Sáenz, amén de tres sonetos inverosímiles de la pluma del polemista anticlerical Francisco Mostajo de Arequipa (IV, Nº. 32-33 [1930]); éstos llevan el título colectivo "La trinidad embrutecedora" y retratan con tintas recargadas la "trinidad" perversa (el cura, el gobernador y el juez de paz) que domina y explota el pueblo provinciano, trinidad consagrada como tópico por González Prada. Entre los textos poéticos publicados en *La Sierra*, resulta imposible discernir jerarquía ni agrupación coherente; en este sentido, *La Sierra* encuadra bien con una conceptualización primitiva de la "pequeña" revista como un receptáculo o "saco" que sirve para acarrear, sin mayores distinciones, materiales tanto literarios como no literarios.

Con referencia a la ficción narrativa peruana publicada en *La Sierra*, hay un evidente predominio de textos indigenistas y costumbristas-provincianistas. Aunque no todos los textos son de alta calidad literaria, estos cuentos, viñetas y cuadros de costumbres valen como una muestra de la producción contemporánea dentro de estos subgéneros. *La Sierra* contiene cuentos indigenistas de Hildebrando Castro Pozo, Luis

E. Valcárcel, Ernesto Reyna, Humberto Pacheco, Pedro Barrantes Castro, "Mateo Jaika" (Víctor Enríquez Saavedra) de Puno, y el autodidacta y carismático "Gamaliel Churata". La revista también publicó piezas provincianistas y costumbristas en una vena mimética y satírica algo gruesa, entre ellas "La beata Genuaria" de Miguel Angel Nieto (I, N.º. 3 [marzo de 1927]) y "El alcalde Ayahueno" de Federico Sal y Rosas (IV, N.º. 32-33 [1930]).

La mayoría de la ficción indigenista reproducida en *La Sierra* es poco original y emplea los argumentos hechos y lugares comunes del género. A menudo los relatos tienen como base argumental, abusos cometidos por los gamonales contra los campesinos indígenas, sobre todo la imposición sexual del hacendado a atractivas campesinas o sirvientas y la sangrienta "venganza india" que lava la afrenta. Así ocurre en el cuento "El pongo" de Hildebrando Castro Pozo (I, N.º. 11 - 12 [noviembre-diciembre de 1927]). Muchos de estos relatos emplean un diálogo repleto de vocablos quechuas y una sintaxis hispano-quechua, amén de los personajes estereotipados del abusivo gamonal y el sufrido campesino o pongo indígena. En la casi totalidad de estos relatos, los personajes indios son vistos desde afuera, como seres cuyo comportamiento es casi siempre "extraño" y a menudo inexplicable. Una visión narrativa del protagonista indígena desde dentro tendría que esperar la posterior aparición de escritores como José María Arguedas. Sin embargo, vistos como un conjunto, los relatos indigenistas y costumbristas de *La Sierra* proporcionan una útil introducción a la temática y a la técnica de la ficción nativista peruana de la década del veinte.

Muchos de los relatos y poemas publicados por *La Sierra* vinieron acompañados de dibujos o grabados destinados a ilustrar el tema del texto. Sorprendentemente, y dado la importancia que otorgaba Guevara al arte visual que trataba temas serranos y nativistas, el arte pictórico de *La Sierra* es, con contadas excepciones, de ínfima calidad. En marcado contraste con la revista *Amauta*, cuyo estilo pictórico nativista fue obra de José Sabogal, artista de categoría y colaborador íntimo en la labor de la revista, apenas si algún artista peruano de primer rango contribuía para *La Sierra*. La mayor parte de las ilustraciones gráficas de la revista fueron obra de su co-director Amadeo de la Torre, pintor, escultor y decorador que dibujó la mayoría de las portadas de *La Sierra* (Figuras Nos. 1 y 3). Los artistas de origen provinciano A. Max León (Ancash), Armando Lazarte (Cuzco), Manuel Alzamora (Arequipa), Lucas Guerra Solís (Puno) y otros también proveyeron de pinturas y grabados a *La Sierra*. La revista contribuyó a vulgarizar, entre el público limeño, un subgénero de arte visual que podría denominarse "Kitsch nativista" (o en algunos casos, "Inca-Kitsch"), manifestado en pinturas, grabados y xilografías que retrataban majestuosos paisajes andinos, ruinas incaicas, ovejas y camélidos, robustas y risueñas serranas y fornidos pero melancólicos pastores, frecuentemente en actitud de tocar la quena o la antara, mientras aparecían como tela de fondo nevadas cumbres andinas, nubes aborregadas en un cielo límpido y cóndores en vuelo (Figuras Nos. 4 - 6).

El investigador que consulte *La Sierra* en busca de pinturas o grabados de alta calidad se decepcionará. En cambio, las reproducciones de numerosas fotografías del fotógrafo pionero andino Martín F. Chambi (nacido en Puno y radicado desde

joven en el Cuzco) compensan en parte la debilidad de los otros géneros visuales. Muchos retratos fotográficos que hizo Chambi de los paisajes y monumentos del Sur peruano (aunque ninguno de sus sobresalientes retratos de estudio), se encuentran esparcidos por las páginas de *La Sierra*. También aparecen fotografías tomadas por otros artistas, a menudo sin identificar, y adornan la revista numerosos retratos fotográficos de J. Guillermo Guevara y de otros colaboradores de *La Sierra*. La foto también fue empleada para registrar y publicitar acontecimientos de importancia en la "campaña" de la revista, entre ellas una merienda campestre ofrecida en homenaje a Guevara con motivo de su visita al Cuzco en 1928 (II, N.º. 24 [diciembre de 1928]) y una actuación llevada a cabo en Lima por la folklórica "Misión Cuzqueña de Arte Incaico", actuación patrocinada por el "Centro Cuzco" del que Guevara y otros colaboradores de *La Sierra* fueron participantes activos (II, N.º. 19 [julio de 1928]).

Si las artes visuales constituyen uno de los puntos más débiles de *La Sierra* como revista de cultura, la hace única entre sus contemporáneas el empeño que puso en la promoción y la difusión de la música andina. Para los desarraigados cuzqueños asociados a la iniciativa cultural de *La Sierra*, la sincrética música de su terruño era uno de los lazos anímicos que más íntimamente los ligaba a la provincia dejada atrás. Desde su primer número, *La Sierra* publicó transcripciones para piano de huaynos y otras variantes del canto andino, a menudo acompañadas de letra en quechua o en castellano, amén de música programática culta ("sutes" o "danzas guerreras") de compositores-interpretes andinos como Roberto Ojeda Campana, Theodoro Valcárcel y Roberto Carpio Valdez (Figura N.º. 7). La atención que dedicó *La Sierra* a la producción de estos compositores regionales hace patente el que la música característica del Sur peruano constituía un elemento central del "Arte propio" serrano que Guevara y sus colaboradores se esforzaban por fomentar en Lima.

Como las otras sociedades regionales, el "Centro Cuzco" tuvo un papel importante en la fase inicial de la difusión de la música andina en Lima⁴⁹. Atílio Svirichi pronunció allí en 1927 una extensa conferencia titulada "hacia el nacionalismo musical". En esta conferencia, Svirichi elaboró la tesis de que la música incaica no sólo había sobrevivido a la conquista española, sino que hubiese "subyugado" a los conquistadores mismos, imponiéndose a los europeos que vinieron a arraigarse en los Andes mientras que perecieron la filosofía, la leyenda y la tradición incaicas. A medida que Svirichi iba terminando las distintas secciones de su extensa presentación, músicos e interpretes surperuanos, entre ellos Theodoro Valcárcel y Andrés Izquierdo, interpretaban composiciones folklóricas andinas para el nutrido público⁵⁰.

49. Sobre la difusión de la música andina en Lima, véase Lucy Núñez Rebaza y José A. Lloréns, "La música tradicional andina en Lima metropolitana", *América Indígena* (México), 41, No. 1 (enero-marzo de 1981), pp. 53-74.

50. Atílio Svirichi, "Hacia el nacionalismo musical", *La Sierra*, II, No. 16-17 (abril-mayo de 1928), pp. 19-34, 37-38.

Un año más tarde, el 8 de julio de 1928, el "Centro Cuzco" ofreció una merienda en agasajo a la "Misión Cuzqueña de Arte Incaico", elenco que acababa de ganar el primer premio en un "Concurso de Música y Baile Nacionales" patrocinado por la municipalidad del Rímac. Asistieron al agasajo más de cien miembros e invitados del "Centro Cuzco", entre ellos los diputados leguistas Manuel Silvestre Frisancho y José Angel Escalante, que venían a pagar tributo a sus coprovincianos de la "Misión". Fue ésta un grupo cuzqueño de artistas folklóricos que ya en 1923-1924 había hecho una bien publicitada gira por Bolivia, la Argentina y el Uruguay, recibiendo entusiasta acogida y contribuyendo así al despegue de un interés internacional por la música y danza andinas. En la ocasión de 1928, Guevara pronunció el discurso principal, rindiendo homenaje a los integrantes de la "Misión" como artistas cuyos logros dejaban de manifiesto el que los cuzqueños actuales, descendientes de los hombres andinos que fundaron y poblaron el Tahuantinsuyo, de hecho eran poseedores de "cultura propia" y, por ende, capaces de "orientar" a la raza humana mientras ésta avanzaba a través de la historia. El éxito que coronaba los esfuerzos de la "Misión" era uno de muchos indicios de que al fin despertaban los "hombres del Ande", dispuestos a afirmar y a imponer su identidad histórica⁵¹.

Evidentemente para compensar el silencio que guardaba la prensa establecida de Lima sobre semejantes manifestaciones del arte andino, y animado por entusiastas del arte autóctono como Rafael Larco Herrera, en el número 27 de *La Sierra* (¿marzo? de 1929) Guevara anunció la apertura de un "Concurso de Música Autóctona" organizado por la revista y financiado en parte por Larco Herrera, quien había donado la suma de cien libras peruanas (1000 soles) para la creación de premios⁵². *La Sierra* publicaba este "Concurso" y solicitaba composiciones de temas originales y "del folklore nativo" hasta su número 31 (¿noviembre? de 1929). Aunque la revista no llegó a entablar un jurado, otorgar premios ni publicar ninguna de las piezas remitidas, un número no especificado de partituras le habían llegado antes de que cesara de publicarse en julio de 1930⁵³. Así terminó frustrada una tentativa ambiciosa de fomentar la producción, la difusión y el consumo de la música folklórica andina en los países de América Latina.

Conclusiones

La revista *La Sierra* (1927-1930) de J. Guillermo Guevara fue una "pequeña" publicación idiosincrásica pero de apreciable distribución e impacto en el Perú de los postreros años de la década del veinte. Formaba parte de un nutrido número de semejantes vehículos periodísticos empleados por intelectuales de los sectores medios para hacer oír su voz durante el *oncenio* autoritario de Augusto B. Leguía. Detrás del fenómeno a primera vista anómalo de *La Sierra*, estridente "tribuna"

51. "El 'Centro Cuzco' y la Misión Cuzqueña de Arte Incaico" (discurso de J. Guillermo Guevara), *La Sierra*, II, No. 19 (julio de 1928), pp. 49-50.

52. "Concurso de Música Autóctona organizado por la revista 'La Sierra'", *La Sierra*, III, No. 27 (1929), p. 22.

53. Entrevista sostenida por el autor con J. Guillermo Guevara, Cajabamba, Perú, 19-20 agosto 1980.

serranista, antilimeña y anticentralista, publicada paradójicamente en la "decadente" capital misma, se encuentra una realidad demográfica: la de una emigración a escala considerable de estudiantes provincianos de sector medio, desde los departamentos del interior a la costa y a Lima, proceso iniciado durante la Primera Guerra Mundial pero intensificado durante los años veinte. Las páginas de *La Sierra* aportan testimonio de un fuerte y generalizado antagonismo provinciano hacia las medidas autoritarias y centralizantes empleadas por el gobierno nacional, a la vez que el "serranismo" de la revista representa un mecanismo de compensación psicológico empleado por miembros de un grupo subordinado social para hacer frente a una discriminación social experimentada o imaginada. *La Sierra* también es testimonio de la boga contemporánea de un indigenismo ya algo popularizado, sobre todo en sus manifestaciones más folklóricas, y del redescubrimiento a nivel nacional de la historia, las tradiciones y la cultura de un Perú "olvidado", o sea el Perú de las provincias interiores y serranas de donde provinieron Guevara y la mayoría de los que se le asociaron en su "campana" serranista.

Valorar el significado, sobre todo el significado contemporáneo, de una publicación literaria e intelectual aparecida hace sesenta años, es evidentemente una tarea delicada. *La Sierra* fue una publicación ecléctica caracterizada por una fuerte dosis de improvisación editorial, una publicación cuyos números fueron desiguales y más bien mediocres en su calidad. La revista buscaba y atraía un público lector que era en su mayoría provinciano o de origen provinciano, pero simultáneamente ostentaba una marcada dimensión "americanista" o "continentalista". Los dones de Guevara como publicista aseguraron que *La Sierra* circulara extensamente fuera del Perú, y que recibiera alabanzas y declaraciones de apoyo de parte de un número apreciable de prestigiosas figuras "continentales". Si bien es posible enfocar a *La Sierra* como "texto colectivo", lejos de ser la creación colectiva de un "equipo", un "grupo" o una "generación", la revista fue en primer y en último análisis, la creación personal de J. Guillermo Guevara, un joven periodista sin extensa experiencia en el oficio, un provinciano cuya antipatía contra Lima y lo limeño constituía el anverso de su entusiasmo por las tradiciones y la cultura de la sierra, sobre todo las de su Cuzco natal. Guevara, a pesar de su energía y tesón innegables y su talento para la autopromoción, no poseía una formación intelectual extensa ni era un pensador original ni intuitivo; como consecuencia, la confusa "ideología" "serranista" de *La Sierra* constituye uno de los puntos débiles de la revista. De otro lado, gran parte de la literatura, arte y "doctrina" presentados por *La Sierra* es de segunda categoría y no ha resistido bien el transcurso de los años.

Sin embargo, y a pesar de sus defectos evidentes, *La Sierra* alcanzó un éxito extraordinario, insólito entre las "pequeñas" publicaciones contemporáneas de América Latina; encontró favorable acogida entre un nutrido público peruano que puede caracterizarse, en terminos generales, como provinciano o emigrado de provincias, joven y disconforme. La caracterización de *La Sierra* como una publicación indigenista "de derecha" por Marfil Francke Ballve y otros, aunque tal vez no deje de encerrar algo de verdad, es exagerada y sectaria⁵⁴. En primer lugar, *La Sierra* no debe entender-

54. Marfil Francke Ballve, "El movimiento indigenista en el Cuzco (1910-1930)", en Carlos Iván

se principalmente como una publicación indigenista. Y en segundo lugar, al evaluar los asertos de Guevara de que *La Sierra* constituyera una revista "revolucionaria", así como los estridentes llamamientos que hiciera la revista a favor de una "renovación" nacional y continental, no debe perderse de vista la enorme influencia ejercida sobre Guevara por el legado radical-anarquista de Manuel González Prada, quien señalara los principales defectos de la sociedad y de la política nacionales, pero sin poder generar ni proponer soluciones efectivas. Guevara y sus asociados inmediatos en la "campana" de *La Sierra*, lejos de ser marxistas-leninistas en ciernes, son irrecognitionablemente herederos o "epígonos" del radicalismo anticentralista de González Prada.

La Sierra, en suma, como artefacto cultural es tan legítimo un objeto de estudio como cualquiera de sus contemporáneas "pequeñas". Aunque no cabe duda que el contenido intelectual de revistas como *Amauta* (1926-1930) y la *Nueva Revista Peruana* (1929-1930) sobrepasaba el de *La Sierra*, esta tribuna "serranista" tuvo una distribución verdaderamente impresionante para una "pequeña" publicación de la década, registró un apreciable impacto contemporáneo en el Perú y en países vecinos, y parece haber estimulado la aparición de un número de efímeras imitadoras en provincias. Y aunque sería errado decir que todas las prestigiosas figuras peruanas e internacionales cuyos textos aparecieron en *La Sierra*, "escribían para" la revista, *La Sierra* sí aportó una contribución evidente a la "reivindicación de las provincias" y al debate contemporáneo sobre el "problema nacional", y tuvo un papel de importancia en la divulgación de las obras de intelectuales indigenistas y regionalistas de la década. Esta beligerante revista regionalista ocupa así un lugar importante dentro del conjunto de foros periodísticos peruanos en los que se ventilaron las controversias ideológicas de la década de 1920. El estudioso de la historia intelectual o cultural del Perú moderno haría mal en desestimar la riqueza de materiales y de detalles a veces curioso que encierran las páginas de *La Sierra*, "La Voz de los Hombres del Ande"⁵⁵.

Degregori y otros, *Indigenismo, clases sociales y problema nacional* (Lima: Ediciones CELATS, 1978), pp. 145-51; Nicolás Lynch, *La polémica indigenista y los orígenes del comunismo en el Cusco* (Cusco[sic]: Pontificia Universidad Católica del Perú, mimeo, 1978), pp. 24-27; y David Wise, "Indigenismo de izquierda y de derecha: dos planteamientos de los años 1920", *Revista Iberoamericana*, 39, No. 122 (enero-marzo de 1983), pp. 159-69.

55. En Estados Unidos, poseen colecciones de *La Sierra* la New York Public Library (colección parcial), la Newberry Library de Chicago (colección a la que falta sólo el No. 31), la Indiana University (Bloomington, Indiana) y la University of Illinois at Urbana-Champaign (colecciones completas).

CRONOLOGIA DE PUBLICACION
La Sierra (Lima, 1927-1930): 34 números

Año I

- Nº. 1 (enero de 1927)
 Nº. 2 (febrero de 1927)
 Nº. 3 (marzo de 1927)
 Nº. 4 (abril de 1927)
 Nº. 5 (mayo de 1927)
 Nº. 6 (junio de 1927)
 Nº. 7 (julio de 1927)
 Nº. 8 (agosto de 1927)
 Nº. 9 (setiembre de 1927)
 Nº. 10 (octubre de 1927)
 Nº. 11-12 (noviembre - diciembre de 1927, número doble)

Año II

- Nº. 13-14 (enero-febrero de 1928, número doble)
 Nº. 15 (marzo de 1928)
 Nº. 16-17 (abril-mayo de 1928, número doble)
 Nº. 18 (junio de 1928)
 Nº. 19 (julio de 1928)
 Nº. 20-21 (agosto-setiembre de 1928, número doble)
 Nº. 22-23 (octubre-noviembre de 1928, número doble)
 Nº. 24 (diciembre de 1928)

Año III

- Nº. 25-26 (1929, sin indicación de mes [¿enero-febrero?], número doble)
 Nº. 27 (1929, sin indicación de mes [¿marzo?])
 Nº. 28 (1929, sin indicación de mes [¿mayo?])
 Nº. 29 (1929, sin indicación de mes [?])
 Nº. 30 (1929, sin indicación de mes [¿setiembre?])
 Nº. 31 (1929, sin indicación de mes [¿noviembre?])

Año IV

- Nº. 32-33 (1930, sin indicación de mes [¿abril?], número doble)
 Nº. 34 (1930, sin indicación de mes [julio])



Portada por La Torre

PRECIO: UN SOL

Fig. 1. Portada de La Sierra, "La voz de los Hombres del Ande", I, No. 3 (marzo de 1927). Por Amadeo de La Torre.

LA SIERRA

ORGANO DE LA JUVENTUD
RENOVADORA ANDINA

DIRIGEN:
J. GUILLERMO GUEVARA
AMADEO DE LA TORRE



NUMERO
34

Fig. 2. Portada de La Sierra, Año IV, No. 34 (julio de 1930), último número de la revista.

REDACCION:

J. Guillermo Guevara (Secretario)

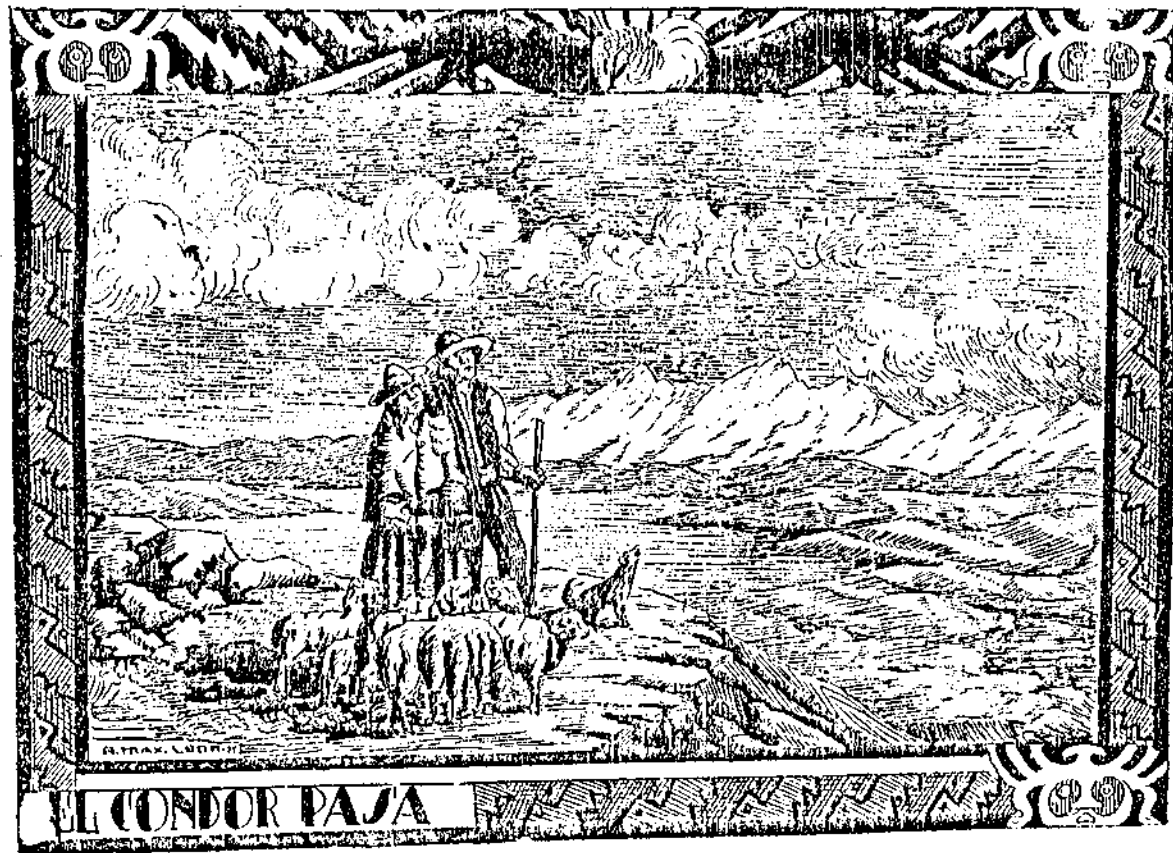
Amadeo de La Torre - Luis A. Rodríguez



Portada por La Torre

PRECIO: 40 Cts.

Fig. 3. Portada de La Sierra, por Amadeo de La Torre.



Por A. Max León

Fig. 4. "El condor pasa", por A. Max León. Un ejemplo del "Kusch nativista" publicado en La Sierra, Año 1, No. 2 (febrero de 1927).



"Deshielo", por Alejandro G. Rosell

PRECIO: UN SOL

Fig. 5. "Deshielo", por Alejandro G. Rosell. Portada de La Sierra.



KKACHAMPA--Danza Queshua—Por Amadeo de La Torre.

Fig. 6. "Kkachampa: danza qeshua", por Amadeo de La Torre. *La Sierra*, Año I, No. 3 (marzo de 1927).

SURAY - SURITA

Roberto Ojeda

Introducción
adagio de 60

I Cay son-ceay - lan ca-ma-chi-ni Huay llac-tay Su-ray su-ri - ta

A - man mu-nan-qui-cho nis- pa Huay llac-tay Su-ray su-ri - ta

Final
ral Huay llac-tay Su-ray su-ri - ta

morando
ttt

II

Sincosylasi cutichibuan manan maqipichu nispa
Huay llac-tay Suray-Surita Huay llac-tay Suray-Surita

Fig. 7. "Suray - Surita", por Roberto Ojeda (Campana). La Sierra, No. 1 (enero de 1927).